

Entró la muerte

Dios dio al primer hombre un precepto positivo:

*«Dios impuso (**sivah**) al hombre este mandamiento: del cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás» (Gn 2, 16).*

Si no se cumplía ese precepto, viene la muerte:

*«Porque el día que comieres de él, morirás (**tamut**) sin remedio» (Gn 2, 17).*

El hebreo dice literalmente, "muriendo, tú morirás". Esto significa que la sentencia de *muerte* se cumple el mismo día de la transgresión. Por lo tanto, esta *muerte* no se refiere ni a una muerte física, ni espiritual ni eterna.

Dios da un mandamiento que, si no se cumple, conduce a la *muerte*. Este precepto es dado antes de formar a la Mujer. Es un precepto **sólo** para el varón, no es para la Mujer. La Mujer no estaba bajo la ley, bajo este mandamiento, porque no había sido formada. La mujer no podía pecar porque no conocía este precepto.

«Donde no hay ley, no hay transgresión» (Rom 4, 15).

¿Quién es la **mujer** que *seducida* peca, que va en contra de este mandamiento divino?

«... el engañado no fue Adán sino la mujer, que seducida incurrió en la transgresión» (1 Tim 2, 14).

El engañado no fue Adán, sino la **mujer**.

Es una **mujer** que existe antes de que Dios formara a la Mujer (*a la varona*), y que conocía el mandamiento que Dios le había impuesto al primer hombre. Cuando Dios le comunica ese precepto, al lado del primer hombre está esa **mujer**.

Dios no impone su precepto a los primeros padres, sino sólo a *Adam*. Si Dios hubiera querido poner un precepto al varón y a la mujer conjuntamente, para que se sometieran con sus obras a Dios, para que le tributaran obsequios como reconocimiento de su dominio, entonces una vez formada la Mujer, a los dos les hubiera impuesto ese precepto.

Pero, Dios se dirige *solamente* al varón. Y junto al varón, está esa **mujer, esa hembra**, que no es la Mujer creada para el hombre.

Adam fue formado en el vientre de una *hembra*. Esa *hembra* debe actuar como *madre* de *Adam*. Por lo tanto, al lado de *Adam* está esa *hembra*, de la cual él fue tomado. Y Dios les da el precepto a los dos: a *Adam* y a la *hembra*.

La serpiente, en el Paraíso, está hablando con esta *mujer*, con esta *hembra*, no con la Mujer del hombre.

«¿Conque os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?»
(Gn 3, 1).

Os ha mandado Dios: a los dos, al hombre y a la hembra se les dio un mandato. El demonio está hablando a esta *hembra*, porque la Mujer, cuando fue promulgado el precepto, no existía, no había sido creada, no podía conocer el mandato. El demonio se dirige a la *mujer* que estaba junto al varón cuando Dios le impuso su mandamiento. Para ella también era el precepto. Dios mostró Su Voluntad a los dos: al varón y a la hembra.

Esa *mujer* le responde a la serpiente con conocimiento de causa:

«Del fruto de los árboles del Paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del Paraíso nos ha dicho Dios: "No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir"» (Gn 3, 3).

Nos ha dicho Dios: a los dos. No dice la mujer: Dios *le ha dicho* al varón que no puede comer de ese árbol. Y después, él me ha transmitido ese conocimiento. Y, por eso, sé que no se puede tocar ese árbol.

Esa *hembra* sabía **directamente** lo que había dicho Dios. Está hablando **de su propio conocimiento**, no del conocimiento que viene del varón, adquirido *indirectamente*.

Dios, cuando forma a la Mujer, no le da un precepto de someterse a la mente del varón. Y, por lo tanto, el precepto que tiene el varón sobre el fruto del árbol no es para la Mujer. Es para la *hembra*, que ya existía antes que la Mujer.

Y la serpiente le contesta:

«No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (Gn 3, 4).

Literalmente, "no muriendo, tú no morirás" (de muerte, no morirás).

Hay tres diferentes clases de "muerte" (*tamut*):

1. una **muerte física** en la que hay separación del alma y del cuerpo: «murió (*tamut*) Débora... y fue enterrada...bajo una encina...» (Gn 35, 8); «murió (*tamut*) Raquel y fue sepultada en el camino...» (Gn 35, 19);
2. una **muerte espiritual** en la que el alma se separa de Dios por el pecado: «Yavé te ha perdonado los pecados, no morirás (*tamut*) (2 Sam 12, 13); «vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados» (Ef 2, 1);

3. y una **muerte eterna** en la que el alma nunca más puede ver el rostro de Dios, ha quedado separada de Su Espíritu: «Si yo digo al impío: ¡Impío, vas a morir (*tamut*)!... el impío morirá (*tamut*) por su iniquidad...» (Ez 33, 8); «los cobardes, los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicadores, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el estanque, que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte» (Ap 21, 8).

Se emplea el verbo morir en gerundio, el cual no define nada, no especifica nada.

«El día que comas... *muriendo*»: el día que comas... estarás *entrando en la muerte, saliendo de la vida, construyendo un mundo sin vida*.

El día que comas... *aparecerá la acción de la muerte*, pero ésta no va a estar definida ni por el tiempo, ni por el modo, ni por el número ni por la persona.

Es la *muerte en desarrollo*:

- sin tiempo: hasta el final de los tiempos;
- sin modo: habrá muchas maneras de morir a causa de esa *muerte*;
- sin número: serán muchos los hombres que conocerán la *muerte*;
- sin referirse una persona en concreto: a todas alcanzará esa *muerte*.

Muriendo, morirás. de esta **obra en desarrollo, de esta muerte**, vienen las otras **muertes física, espiritual y eterna**.

El demonio dice: **no muriendo**. Es decir, **seguirás en la vida**. Y, por eso, le dice:

«...seréis como Dios...» (Gn 3, 4).

¿A qué *muerte* se refiere Dios? ¿A qué *vida* se refiere el demonio?

Dios ha creado al hombre y a la mujer para que sean «**una sola carne**»; es decir, para que engendren hijos de Dios por generación natural y por gracia.

«*Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo*» (Sab 2, 24).

Por el deseo de tener una humanidad para él, por el deseo intenso de imitar y superar la misión que Dios ha dado al hombre y a la mujer, el demonio abre la puerta a la *muerte*, abre en el mundo el camino de la muerte.

La *vida* está en la unión del varón con su mujer: unión de dos naturalezas humanas. Unión de un gameto masculino con un gameto femenino, que pertenecen, ambos, a la esencia del hombre.

Para que el hombre muera: de muerte, morirás; muriendo, morirás; es necesario que él se una a una hembra que no sea su Mujer y que no pertenezca a la naturaleza humana.

El hombre, en su Mujer, encontraba la *vida* de Dios; pero el hombre, en una hembra, que no es de su especie, encuentra la muerte.

Esa hembra no pertenecía a la naturaleza humana, pero tampoco pertenecía al reino animal.

El demonio no podía cruzar al hombre con un animal porque lo que sale es siempre estéril. El demonio sólo puede cruzar al hombre con una *hembra* de 47 cromosomas, uno menos que los del animal. Esa hembra es un puente entre el animal y el hombre. Es un medio, está en el medio. Esa *hembra*, por estar en medio, entre el hombre y el animal, puede unirse a ambos.

«... en medio del jardín el árbol de la ciencia del bien y del mal...» (Gn 2, 9).

En **medio**.

Adam fue formado **usando como medio** a una hembra ya existente, que pertenece a la especie próxima inferior. No es una hembra animal, sino pre-humana.

La Mujer fue formada de la misma manera: el **medio** fue esa hembra.

En medio del jardín estaba esa **hembra**, que es el **árbol** de la ciencia del bien y del mal.

Si esa *hembra* se usa en la Voluntad de Dios, en la ciencia del bien, entonces se da la vida divina. Pero si se usa fuera de la Voluntad de Dios, en la ciencia del mal, se tiene la muerte del hombre. El cruce de especies es la **muerte**.

El demonio, en su envidia, quiere introducir esta **muerte**, que no es sólo un pecado de soberbia, sino una obra de lujuria carnal. Se trata de engendrar una humanidad hibridada, con la cual se imposibilite salvarse al hijo que se engendra.

Esta **muerte**, este cruce de especies, es el enemigo de la obra de Dios: es una humanidad –los hijos de los hombres- que va a luchar en contra de los hijos de Dios.

Esta humanidad viene por *Adam*:

«... por un hombre vino la muerte...» (1 Cor 15, 21): el cruce de especies que lleva a la muerte física del hombre.

Y esa humanidad hibridada será lo último en desaparecer:

«El último enemigo reducido a la nada será la muerte» (1 cor 15, 26): será esta humanidad hibridada. Reducida a la nada.

El demonio quiere destruir el plan de Dios en el hombre y en la mujer. Y no hay otra forma de hacerlo haciendo que el hombre entre en esa hembra y engendre un hijo; es decir, coma del **fruto** de ese árbol.

El **árbol** es la hembra, su sexo. Un sexo que es conocimiento del bien y del mal. El hombre ya ha conocido a esa hembra en el camino del bien: se ha unido a ella sexualmente, en la Voluntad de Dios, para así engendrar a la Mujer.

¿Qué es el **fruto** del árbol?

La hembra animal pre-humana también lo come:

«... cogió de su fruto, y comió, y dio también de él al hombre, y él comió con ella» (Gn 3, 6d).

Esa hembra **cogió de su fruto**.

Pero, antes ha entendido

« que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría...» (Gn 3, 6a-6c).

La hembra ha comprendido:

1. que su sexo era bueno para que el hombre comiera de él; es decir, es bueno que el hombre engendre un hijo de ella.
2. que ella era hermosa para el hombre: su óvulo es hermoso para engendrar un hijo del hombre.
3. que ella tenía que mostrarse deseable para que el hombre entrara en ella, y así alcanzar la sabiduría que su especie no tenía porque no había descendencia.

El demonio engaña a la *hembra* dirigiendo su vida hacia una descendencia a la que no había sido llamada por Dios. Ella sólo había sido creada como medio para formar al hombre y construir a la Mujer. Pero no había sido creada para tener descendencia, ni del hombre ni del animal. El demonio le hace desear esta sabiduría: con su sexo podía alcanzar lo que no tenía.

Entonces,

- **coge de su fruto**: se pone ante el varón como mujer, como la que excita su virilidad;
- **come de su fruto**: le propone al hombre engendrar un hijo en ella;
- **le da también al hombre**: se une a al hombre;

- **y él comió con ella:** él engendró en ella un hijo.

Dios le prohibió a *Adam* engendrar un hijo de esa hembra. Y, por lo tanto, también le prohibió a esa hembra unirse al varón.

Los dos faltaron gravemente a este precepto divino. La Mujer no pecó. La hembra sí.

Luego, el pecado original consiste en engendrar una humanidad para el demonio: hijos de los hombres, cuerpos hibridados. Los hombres se unen a esta hembra pre-humana, produciendo el caos en toda la Creación.

Una humanidad para la muerte: un cuerpo hibridado, que no pertenece a la naturaleza humana, que no es puro, sino que está mezclado con los genes de otra especie. En ese cuerpo hibridado no puede darse el Espíritu Divino. Luego, está habitado por el demonio. Es un cuerpo natural, de carne, no espiritual. Sin embargo, está unido a un alma humana. Tiene todavía la imagen de Dios, pero no puede tener su semejanza. Es un alma inteligente, racional, pero sin la gracia.

Es un alma humana en un cuerpo de bestia, que no puede aceptar el dominio del alma sobre él. Se rebela constantemente contra el alma, contra la razón, contra la verdad, contra toda ley. No puede vivir en la verdad. Sólo vive en el instinto que la carne busca.

Es un alma humana que vive la muerte de su cuerpo: no tiene vida espiritual ese cuerpo. Ese cuerpo está dominado por un demonio, poseído por éste.

No hay que entender el pecado original como un acto puntual de lujuria que *Adam* hizo una sola vez en esa hembra. Sino que hay que entenderlo como una decisión de *Adam* de engendrar de esa hembra y de vivir para siempre con ella.

Por eso, el pecado original es gravísimo porque *Adam* se dedica a construir una humanidad fuera del plan de Dios. Una humanidad que tiene la muerte en sus genes, y que lleva la vida hacia esa muerte. Por eso, Caín tiene que matar a Abel: vive para la muerte, para destruir toda vida.